

¿Por qué rezar el Rosario?

El Rosario nos dispone para una más activa y fructífera participación en los Sacramentos, particularmente en la Santa Eucaristía.

Como enseña el Papa Pablo VI:

«la meditación de los misterios del Rosario, haciendo familiar a la mente y al corazón de los fieles los misterios de Cristo, puede constituir una óptima preparación a la celebración de los mismo en la acción litúrgica y convertirse después en eco prolongado».

La idea es que el Rosario esté entregado armónicamente en el marco de la oración común de toda la Iglesia.

«En realidad, el Rosario no se contrapone a la meditación de la Palabra de Dios y a la oración litúrgica; más aún, constituye un complemento natural e ideal, especialmente como preparación para la celebración eucarística y como acción de gracias.

Al Cristo que encontramos en el Evangelio y en el Sacramento lo contemplamos con María en los diversos momentos de su vida gracias a los misterios gozosos, luminosos, dolorosos y gloriosos. Así en la escuela de la Madre aprendemos a configurarnos con su divino Hijo y anunciarlo con nuestra vida».

S.S. Benedicto XVI

El Rosario es una oración mariana que inmediatamente centra nuestra mente y corazón en el Señor Jesús.

Esta sencilla plegaria nos introduce en un ritmo meditativo que nos pone «en comunión vital con Jesús a través podríamos decir del corazón de su Madre».

En cada Padrenuestro rezamos con las palabras que Jesús mismos nos enseñó y por acción del Espíritu nos unimos a la voz del mismo Hijo;

en cada Avemaría reconocemos «el milagro más grande de la historia», la Encarnación del Verbo, y hacemos nuestra confesión de fe de Isabel: "Bendita tú y bendito el futuro de tu vientre, Jesús";

al término de cada decena damos gloria al Padre a través del Hijo en comunión con el Espíritu Santo.

Por otro lado, los misterios que vamos anunciando antes de cada denario nos permiten ir meditando en acontecimientos de la vida del Reconciliador de la mano de la Madre,

En la escuela de María nos vamos compenetrando con el Señor Jesús.

"El Rosario o salterio de la Sma. Virgen, es un modo piadosísimo de oración, al alcance de todos, que consiste en ir repitiendo el saludo que el ángel le dio a María; interponiendo un Padrenuestro entre cada diez Avemarías y tratando de ir meditando mientras tanto en la Vida de Nuestro Señor".

San Pío V en su "Bula" de 1569

www.fatimazoporlapaz.org

+52 1 999 128 5324



El Santo Rosario Una oración Mariana centrada en Jesús

"El Rosario de la Virgen María, difundido gradualmente en el segundo Milenio bajo el soplo del Espíritu de Dios, es una oración apreciada por numerosos Santos y fomentada por el Magisterio.

En su sencillez y profundidad, sigue siendo también en este tercer Milenio apenas iniciado una oración de gran significado, destinada a producir frutos de santidad.

... Pero el motivo más importante para volver a proponer con determinación la práctica del Rosario es por ser un medio sumamente válido para favorecer en los fieles la exigencia de contemplación del misterio cristiano".

**ROSARIUM VIRGINIS MARIAE
DEL SUMO PONTÍFICE
JUAN PABLO II**

La Fé Católica tiene como característica el deber del bautizado de configurarse, es decir, el ideal de parecerse cada vez más a su Maestro, Cristo.

La efusión del Espíritu en el Bautismo une al creyente como el sarmiento a la vid, que es Cristo, lo hace miembro de su Cuerpo místico.

A esta unidad inicial, sin embargo, ha de corresponder un camino de adhesión creciente a Él, que oriente cada vez más el comportamiento del discípulo según la 'lógica' de Cristo: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo» (Flp 2, 5).

En el recorrido espiritual del Rosario, basado en la contemplación incesante del rostro de Cristo –en compañía de María– este exigente ideal de configuración con Él se consigue a través de una asiduidad que pudiéramos decir 'amistosa'.

«Como dos amigos, frecuentándose, suelen parecerse también en las costumbres, así nosotros, conversando familiarmente con Jesús y la Virgen, al meditar los Misterios del Rosario, y formando juntos una misma vida de comunión, podemos llegar a ser, en la medida de nuestra pequeñez, parecidos a ellos, y aprender de estos eminentes ejemplos el vivir humilde, pobre, escondido, paciente y perfecto».

Beato Bartolomé Longo

Además, mediante este proceso de configuración con Cristo, en el Rosario nos encomendamos en particular a la acción materna de la Virgen Santa.

Ella, que es la madre de Cristo y a la vez miembro de la Iglesia como «miembro supereminente y completamente singular», es al mismo tiempo 'Madre de la Iglesia'. Como tal 'engendra' continuamente hijos para el Cuerpo místico del Hijo.

El Rosario propone la meditación de los misterios de Cristo con un método característico, adecuado para favorecer su asimilación. Se trata del *método basado en la repetición*.

Esto vale ante todo para el *Ave Maria*, que se repite diez veces en cada misterio. Si consideramos superficialmente esta repetición, se podría pensar que el Rosario es una práctica árida y aburrida. En cambio, si la repetición del *Ave Maria* se dirige a María, el acto de amor, con Ella y por Ella, se dirige a Jesús.

La repetición favorece el deseo de una configuración cada vez más plena con Cristo, verdadero 'programa' de la vida cristiana.

San Pablo lo ha enunciado con palabras ardientes: «Para mí la vida es Cristo, y la muerte una ganancia» (Flp 1, 21). Y también: «No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20).

El Rosario nos ayuda a crecer en esta configuración hasta la meta de la santidad, es un *método para contemplar*. De otro modo, existe el riesgo de que esta oración no sólo no produzca los efectos espirituales deseados, sino que el rosario mismo con el que suele recitarse, acabe por considerarse como un amuleto o un objeto mágico, con una radical distorsión de su sentido y su cometido.

Enunciar el misterio, y tener tal vez la oportunidad de contemplar al mismo tiempo una imagen que lo represente, es como *abrir un escenario* en el cual concentrar la atención.

Para dar fundamento bíblico y mayor profundidad a la meditación, es útil que al enunciado del misterio siga la *proclamación del pasaje bíblico correspondiente*, que puede ser más o menos largo según las circunstancias. Acogida de este modo, la Palabra entra en la metodología de la repetición del Rosario sin el aburrimiento que produciría la simple reiteración de una información ya conocida.

No, no se trata de recordar una información, sino de *dejar 'hablar' a Dios*.

Después de haber escuchado la Palabra y centrado la atención en el misterio, es natural que *el ánimo se eleve hacia el Padre*. Jesús, en cada uno de sus misterios, nos lleva siempre al Padre, al cual Él se dirige continuamente

Repetir en el Rosario el *Ave Maria* nos acerca a la complacencia de Dios: es júbilo, asombro, reconocimiento del milagro más grande de la historia. Este es el elemento más extenso del Rosario y que a la vez lo convierte en una oración mariana por excelencia.

El centro del *Ave Maria*, casi como engarce entre la primera y la segunda parte, es el *nombre de Jesús*. A veces, en el rezo apresurado, no se percibe este aspecto central y tampoco la relación con el misterio de Cristo que se está contemplando. Pero es precisamente el relieve que se da al nombre de Jesús y a su misterio lo que caracteriza una recitación consciente y fructuosa del Rosario.

En la medida en que la meditación del misterio haya sido atenta, profunda, fortalecida –de *Ave* en *Ave* – por el amor a Cristo y a María, la glorificación trinitaria en cada decena, en vez de reducirse a una rápida conclusión, adquiere su justo tono contemplativo, como para levantar el espíritu a la altura del Paraíso y hacer revivir, de algún modo, la experiencia del Tabor, anticipación de la contemplación futura: «Bueno es estarnos aquí» (Lc 9, 33).

Así, el *Gloria*, es el *culmen de la contemplación de cada misterio*.

Hoy estamos ante nuevos desafíos. ¿Por qué no volver a tomar en la mano las cuentas del rosario con la fe de quienes nos han precedido